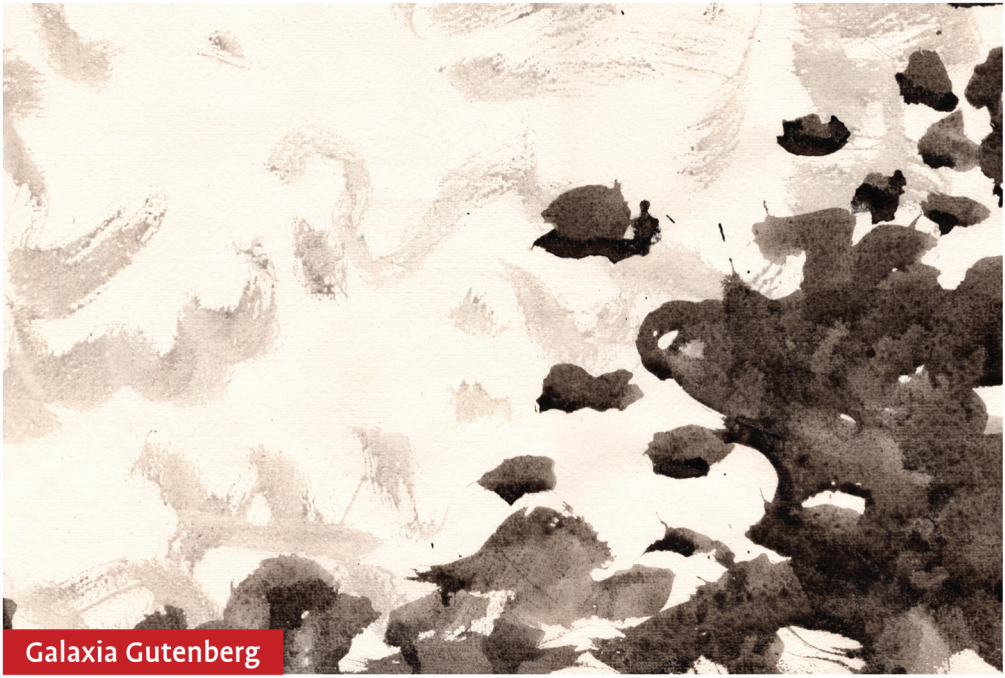
Paul Bowles
Déjala que caiga



Galaxia Gutenberg

PAUL BOWLES

Déjala que caiga

Traducción de
Guillermo Lorenzo

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Let it Come Down*
Traducción del inglés: Guillermo Lorenzo

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2018

© Rodrigo Rey Rosa, 1952
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Guillermo Lorenzo, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA-Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 6049-2018
ISBN: 978-84-17355-36-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Treinta años despues

Desde niño, a los ocho o nueve años, me sentí fascinado por el breve pasaje de Macbeth *en que Banquo, al salir del castillo con su hijo, hace una observación de pasada a los hombres que hay fuera referente a la lluvia que se aproxima, y ellos le responden con el brillo del acero y esta admirable frase de cuatro palabras, sucinta y brutal: «Let it come down».**

La novela que titulé así se publicó por vez primera a comienzos de 1952, en el preciso momento en que se desarrollaban los disturbios que presagiaron el final de la Zona Internacional de Marruecos. Así pues, incluso en la época de su publicación, el libro trataba de una época pasada, ya que Tánger nunca volvería a ser lo mismo a partir del 30 de marzo de 1952. La ciudad a la que se celebra en estas páginas hace mucho tiempo que dejó de existir, y los acontecimientos que se relatan resultarían ahora inconcebibles. El cuento, como la fotografía, es un documento relacionado con un lugar y un punto en el tiempo concretos, vistos a la luz de ese momento particular.

Este libro empezó a escribirse de una manera tal vez insólita. En diciembre de 1949 me había embarcado en Amberes en un carguero polaco con destino a Colombo. Cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar era de noche y yo me hallaba en cubierta contemplando los destellos del faro de Cabo Espartel, el punto más noroccidental de África. A medida que navegábamos hacia levante, empecé a distinguir las luces de algunas de las casas de la Montaña Vieja. Más tarde, cuando nos acercamos más a Tánger, se espesó sobre el mar una ligera bruma que dejó a la vista sólo el resplandor de las luces de la ciudad reflejado en el cielo. Fue entonces cuando sentí un deseo irracional e imperioso de quedarme en Tánger.

* Literalmente: «¡Déjala que caiga!» o «¡Que llueva!» *(N. del T.)*.

Hasta aquel momento ni siquiera se me había ocurrido hacer un libro sobre la Ciudad Internacional. Pero bajé a mi camarote, me metí en la dura litera y empecé a escribir una escena que tenía lugar en los acantilados que acabábamos de pasar. No iba a ser éste el comienzo del libro, pero sirvió como punto de contacto geográfico a partir del cual pude trabajar hacia adelante y hacia atrás en el tiempo.

De nada me sirven las anotaciones a menos que contengan una parte del texto terminado al que pueden adaptarse; yo sabía que era necesario antes de desembarcar en un lugar desconocido que escribiera bastante de ese texto para que pudiera servir como cordón umbilical entre la novela y yo; de otro modo, lo perdería por completo. Cuando el barco se aproximaba a Ceilán me encontré recordando el famoso aforismo de Kafka: A partir de cierto punto, ya no existe posibilidad alguna de retorno. Ese es el punto que es preciso alcanzar. *Dudo que el autor se refiriera al hecho de escribir una novela, pero de todos modos parecía apropiado a esa situación. Yo me esforzaba por cruzar el punto crítico; sólo entonces podría estar seguro de que no tendría que retornar y abandonar el libro cuando tratara de seguir trabajando en él más adelante.*

Sri Lanka (nombre del que Ceilán es una corrupción posterior) resultó tan contraproducente como había previsto para seguir trabajando en la novela: había mucho que ver y aprender; y el paisaje era demasiado tentador como para dejar mucho tiempo libre a la contemplación. Llevé una vida nómada y rara vez permanecía más de algunos días en el mismo lugar. Hasta que no crucé la frontera de la India no me sentí capaz de volver a mi labor.

En la India, dedicaba el día a la exploración y escribía por la noche. Mi cuarto de trabajo, sin ventanas, no resultaba ni con mucho satisfactorio. El aire estaba siempre a varios grados por encima de la temperatura del cuerpo y la lámpara de aceite me parecía un horno en la cara. (El lugar ideal para trabajar, habría sido, desde luego, la cama de la habitación contigua, pero en ella no podía encenderse ninguna luz porque inmediatamente se habría llenado de millares de insectos alados. Me metía en la cama a oscuras).

Pero, como los escritores saben, las grandes incomodidades contribuyen a menudo a producir grandes obras.

A finales de 1950 me hallaba de nuevo en Tánger; fue un invierno memorable por sus tormentas y me alojaba en una pensión *re-*

cién inaugurada. Estaba también recién –es decir: mal– *construida, así que la lluvia se filtraba por las paredes de mi cuarto, pasaba por debajo de la puerta y salía al pasillo bajando desde allí, por la escalera, hasta la sala de recepción. Como dar vueltas por la habitación significaba chapotear en agua fría, me quedaba en la cama la mayor parte del tiempo escribiendo* Carne fresca y rosas. *Luego estuve viajando durante ocho meses por Marruecos, Argelia y España, y trabajando esporádicamente en la tercera parte:* La era de los monstruos.

En otoño de 1951 regresé a Tánger y subí a Xauen para escribir la última parte. Aquí, en el silencio total de las noches de la montaña, he conseguido lo que esperaba hacer al llegar a este punto del libro. He desconectado los controles dejando que Otra clase de silencio *se guiara por sí mismo, sin darle una dirección consciente. Llegó hasta donde podía llegar; entonces me detuve y terminó ahí el libro.*

El protagonista es un ser inexistente –una «víctima» tal como él se describe–, cuya personalidad, definida únicamente en orden a las situaciones, suscita compasión sólo en tanto en cuanto se convierte en víctima. Es el único personaje enteramente inventado; para todos los demás, utilicé como modelos a personas residentes de Tánger. Algunas de ellas viven ahora en otros lugares, las demás han muerto. El único personaje cuyo modelo sigue aquí es Richard Holland; ello se debe a que yo sigo aquí y se trata de una caricatura de mí mismo.

El robo de dinero, tal como ocurrió en realidad, resultaba tan inverosímil que tuve que modificarlo para hacerlo más plausible. Unos tres años después de terminar la Segunda Guerra Mundial, el hijo de un famoso escritor inglés vino a Tánger con su mujer y decidió comprar un terreno y construir una casa. Estaba prohibido sacar libras esterlinas del Reino Unido; así que, como muchos otros ciudadanos, fue a ver a un comerciante indio de Gibraltar a quien le entregó un cheque de su banco londinense. El indio iba a dar instrucciones a su hijo, residente en Tánger, para que entregara el dinero en pesetas al señor X. Pero este señor era un importante caballero cuyo secretario para estos asuntos era inglés y, cuando fue a recoger el dinero del hijo del indio, se encontró con el dinero en efectivo, pero no en pesetas, sino en libras esterlinas, que no podían utilizarse en la Zona Internacional debido a las restricciones mone-

tarias. El indio le puso en contacto con un cambista que había a la vuelta de la esquina, el cual se avino a comprar las libras. El cambista llenó una caja de pesetas y se la llevó al indio diciendo que, como se iba a comer, no quería cargar con ella y que se acercaría por la tarde, cuando volviera a la oficina, para recoger las libras.

Por la tarde, el secretario se presentó en la tienda del indio para decir que acababa de dejar al cambista en el Zoco Chico *y que éste le había pedido el favor de que le llevara las libras a la oficina inmediatamente. Se llevó la caja y volvió al cabo de cinco minutos. «Bueno, ya está», le dijo al indio. Entonces, cogió las pesetas, le dio las gracias y se escabulló entre la multitud que paseaba por los Siaghines. Una hora más tarde se encontraba en un avión rumbo a Madrid con las pesetas, y con las libras también. Lo último que se supo de él –más o menos un año después– es que vivía en Buenos Aires y apostaba a los caballos.*

P. B.

BANQUO: It will Rayne to Night.
1st MURDERER: Let it come downe.
(They set upon Banquo.)
Macbeth. Act. Ill, scene 3.

BANQUO: Habrá lluvia esta noche.
ASESINO PRIMERO: Déjala que caiga.
(Atacan a Banquo.)
Macbeth. Acto III, escena 3.

1

ZONA INTERNACIONAL

1

Era ya de noche cuando el pequeño transbordador se acercó de costado al muelle. Cuando Dyar bajaba por la pasarela una ráfaga de viento le azotó la cara con cálidas gotas de lluvia. Los demás pasajeros eran escasos e iban mal vestidos; llevaban su equipaje en pobres maletas de cartón y en bolsas de papel. Observó cómo aguardaban con resignación a que se abriera la puerta de la aduana. Media docena de marroquíes andrajosos le habían avisado ya desde el otro lado de la verja y le gritaban: «¡Hotel Metropole, *mister*!», «¡Eh, Johnny! ¡*Come on*!», «*You want hotel?*», «Grand Hotel, eh». Era como si llevara en alto su pasaporte americano para que lo vieran todos. No les prestó atención. Estuvo lloviendo copiosamente durante un minuto o así. Cuando el funcionario abrió la puerta, Dyar se hallaba mojado e incómodo.

Dentro la sala estaba iluminada por tres quinqués dispuestos a lo largo del mostrador, uno para cada inspector. Dejaron a Dyar para el final y entonces, sin un destello de simpatía o de humor, se dedicaron los tres a registrar meticulosamente sus pertenencias. Cuando hubo empaquetado de nuevo sus maletas para que cerraran, las marcaron con una tiza violácea y le dejaron pasar de mala gana. Tuvo que hacer cola ante una ventanilla en la que se leía *Policía*.* Mientras esperaba le llamó la atención un hombre de

* Aparte de las palabras y frases árabes, francesas y de otras lenguas, que estaban en cursiva en el original, hemos subrayado también las españolas –para no aburrir al lector con notas a pie de página– así como algunas frases inglesas que nos han parecido apropiadas o inevitables.

En cuanto a las transcripciones del árabe, se ha adoptado la fonética española, tarea en la que hemos recibido la inestimable colaboración del arabista Alberto Gómez Font. Contrariamente a su criterio, hemos preservado los nombres propios en su grafía original al no poder encontrar una fórmula que armonizara totalmente las razones estéticas con las de coherencia. *(N. del T.)*

elevada estatura que, tocado con una gorra de visera, le gritaba: «Taxi». Como parecía bien vestido, le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Inmediatamente después, el hombre de la gorra, enzarzado en una violenta discusión con los demás, se acercaba para recoger su equipaje. Dyar era la única presa de aquella noche. Al volver la cabeza observó con irritación que las figuras vociferantes perseguían al taxista al salir por la puerta. De todos modos, se sentía un poco mareado.

Y, en el taxi, con la lluvia golpeando en el parabrisas y las chirriantes escobillas subiendo y bajando penosamente sobre el cristal, seguía sintiéndose mal. Ahora sí que estaba allí; no había retorno. Aunque, desde luego, nunca se había planteado la cuestión de regresar. Cuando escribió diciendo que aceptaría el trabajo y compró el pasaje desde Nueva York, sabía que la decisión era irrevocable. Un hombre no cambia de parecer en un asunto así cuando le quedan menos de quinientos dólares. Pero ahora que estaba allí, esforzándose por ver en la oscuridad tras las ventanillas mojadas, sintió por vez primera la desesperación y la soledad que creía haber dejado atrás. Encendió un cigarrillo y ofreció el paquete al conductor. Decidió que fuera el propio taxista quien eligiera dónde se alojaría. Era marroquí y entendía muy poco el inglés, pero sí comprendía las palabras *cheap* y *clean*. Salieron del malecón y entraron en tierra firme, se detuvieron ante la verja y dos inspectores asomaron la cabeza por las ventanillas delanteras. Luego avanzaron despacio durante un rato por una calle alumbrada con unas pocas luces mortecinas. Al llegar al hotel, el chófer no se ofreció a ayudarle y tampoco había portero a la vista. Dyar volvió a mirar la entrada: era la fachada de un hotel grande y moderno pero, tras la puerta principal, la recepción estaba iluminada por una única vela. Se apeó del coche y empezó a bajar el equipaje. Miró inquisitivamente al taxista: observaba cómo sacaba las maletas del coche; estaba impaciente por marcharse.

Cuando hubo depositado en la acera todas sus pertenencias y pagado al chófer, empujó la puerta del hotel y vio a un joven de cabello negro y liso y atildado bigotito sentado en el pequeño mostrador de la recepción. La vela proporcionaba la única iluminación. Le preguntó si era aquel el Hotel de la Playa; no supo si le alegró o le entristeció el oír que sí. Tardó un rato en meter él solo las maletas en la recepción. Después, guiado por un chico que

portaba otra vela, subió la escalera que le llevaba a su habitación; el ascensor no funcionaba porque no había corriente.

Subieron tres tramos de escalera. El hotel era una enorme caja de resonancia de cemento; el sonido de cada paso, amplificado, retumbaba en todas direcciones. El edificio tenía esa profunda y acendrada sordidez que sólo consiguen las nuevas construcciones de mala calidad. En las paredes se veían ya grandes grietas; en torno a las puertas las molduras de escayola estaban desportilladas y, de vez en cuando, faltaba un baldosín en el suelo.

Al llegar a la habitación, el chico entró primero y acercó una cerilla a una vela encajada en una botella de Cointreau. Las sombras de sus cabezas se proyectaron sobre las paredes. Dyar olfateó con disgusto el aire cargado. La habitación olía a una mezcla de yeso húmedo y pies sucios.

–¡Buf! Esta habitación apesta –dijo–. Miró aprensivamente la cama y levantó la manchada colcha azul para ver las sábanas.

Enfrente de la puerta había una gran ventana que el chico se apresuró a abrir. Desde la oscuridad exterior entró una ráfaga de viento. Se oía el sonido leve de las olas. El chico dijo algo en español; Dyar supuso que le explicaba que la habitación era muy buena porque daba a la playa. No le importaba demasiado la vista: no había ido allí de vacaciones. Lo que deseaba en aquel momento era darse un baño. El chico cerró la ventana y bajó rápidamente por la escalera para subir el equipaje. En un rincón, separada del resto del cuarto por un sucio tabique, había una ducha con paredes y suelo de cemento gris. Abrió el grifo donde se leía *caliente* y le sorprendió que el agua estuviera a una temperatura bastante elevada.

Cuando el chico subió las maletas y acabó de amontonarlas en donde no debía, cogió la propina, trató en vano de cerrar la puerta y la dejó por fin entreabierta. Dyar se apartó de la ventana junto a la que había estado nerviosamente jugando con la cortina y mirando la oscuridad del exterior, y cerró la puerta de un portazo. La llave cayó tintineando al suelo del pasillo. Dyar se echó en la cama y permaneció un momento mirando al techo. Tenía que llamar a Wilcox inmediatamente, hacerle saber que había llegado. Movió la cabeza para ver si había un teléfono junto a la cama, en la pequeña mesita de noche, pero ésta quedaba bajo la sombra que proyectaba el pie de la cama y hacía demasiado oscuro para ver.

Aquél era el punto del peligro, lo sentía. En aquel momento era casi como si no existiera. Había renunciado a toda seguridad en favor de algo que, según lo que todo el mundo le había asegurado y lo que él mismo sospechaba, era una verdadera quimera. Lo anterior había desaparecido y era imposible recordarlo, lo nuevo no había comenzado todavía. Para ponerlo en marcha tenía que telefonear a Wilcox, pero siguió echado. Sus amigos le habían dicho que estaba loco, su familia le había recriminado, unas veces con indignación y otras con tristeza, pero por alguna razón que él no acertaba a comprender, hizo oídos sordos a todos ellos. «¡Estoy harto!», les gritaba con cierto histerismo. «Llevo diez años ante esa maldita ventanilla del banco. Antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra. ¡No lo soporto más, eso es todo!» Y, cuando se le sugería la posible conveniencia de una visita al médico, riendo despreciativamente, respondía: «No me pasa nada que no se cure con un cambio de ambiente. No se puede esperar de nadie que permanezca confinado de esa forma en una jaula año tras año. Lo único que me sucede es que estoy harto; eso es todo». «Muy bien, muy bien», decía su padre. «¿Pero cómo crees que lo vas a remediar?» Y, a esto, no podía responderle. Durante la Depresión, a los veinte años, le había encantado conseguir un empleo en el Departamento de Exterior del banco. Todos sus amigos le consideraron una persona con gran suerte; fue la amistad de su padre con uno de los vicepresidentes lo que posibilitó que le emplearan en una época así. Justo antes de la guerra le hicieron cajero. En aquellos días en los que se vivía en una atmósfera de cambio, nada parecía permanente, y, aunque Dyar padecía un soplo cardíaco, imaginaba vagamente que, de un modo u otro, lo pasarían por alto para darle algún trabajo útil en la guerra. Cualquier cosa supondría un cambio y sería, por consiguiente, bienvenida. Pero le rechazaron categóricamente; continuó metido en su jaula. Entonces cayó víctima de una desmoralizadora sensación de inmovilidad. Su propia vida era un peso muerto, tan pesado que nunca sería capaz de levantarlo de donde estaba. Se había ido acostumbrando a la sensación de intensa inutilidad y depresión que se había adueñado de él, al tiempo que se resentía de ello amargamente. No era propio de su carácter, y su familia lo percibió. «Haz las cosas tal como vienen», le decía su padre. «Tómatelo con calma. Ya verás que hay cantidad de cosas

con que llenar cada día. ¿A qué te conduce el preocuparte por el futuro? Deja que él se ocupe de sí mismo». A continuación le recordaba una vez más sus problemas de corazón. Dyar contestaba con una sonrisa forzada. Estaba del todo dispuesto a dejar que cada día se ocupara de sí mismo; el futuro era lo más alejado de sus pensamientos. Era el presente el que se interponía en su camino; sus enemigos eran los minutos. Cada minuto, vacío y abrumador, le apartaba al llegar un poco más de la vida. «No sales bastante», objetaba su padre. «Tienta a la suerte. ¡Vamos! Cuando yo tenía tu edad no podía esperar a que llegara la hora en que me quedaría libre y podría ir a la pista de tenis o bajar al río a pescar; o a casa, a plancharme los pantalones para ir a bailar. Pero tú estás enfermo. No quiero decir físicamente, claro. Ese asunto tuyo del corazón no es nada. Si vives como Dios manda, no te creará ninguna complicación. Me refiero a tu actitud. No es sana. Me parece que toda vuestra generación está enferma. O un extremo o el otro. O bien os emborracháis hasta desmayaros en la acera, o vais por la vida pensando en las musarañas y diciendo que no merece la pena vivirla. ¿Qué diablos os pasa a todos vosotros?» Dyar sonreía y contestaba que los tiempos habían cambiado. Los tiempos cambian siempre, replicaba su padre, pero no la naturaleza humana.

Dyar no era un gran lector; ni siquiera le gustaba el cine. En cierto modo, las diversiones agudizaban la inmovilidad de la existencia; no sólo cuando terminaba el pasatiempo, sino incluso durante el mismo. Después de la guerra hizo un cierto esfuerzo para reconciliarse con la vida. De vez en cuando salía con dos o tres amigos, cada uno con una chica. Tomaban un cóctel en el apartamento de una de ellas, iban después a ver una película a Broadway, y cenaban luego en algún restaurante chino de barrio, donde se pudiera bailar. A continuación, tenía lugar el largo proceso de llevar a las chicas a casa, una a una, tras lo cual solían ir a un bar y beber en grandes cantidades. A veces, pero no muy a menudo, se iban con alguna prostituta de la calle, se la llevaban a la habitación de Bill Haly y se acostaban con ella sucesivamente. Era un plan aceptado. Al parecer, no había otro que sugerir para sustituirlo. Dyar seguía pensando lo mismo: «cualquier vida sería mejor que ésta», pero no encontraba una posibilidad distinta que considerar. «En cuanto aceptes el hecho de que la vida no es diver-

tida, serás mucho más feliz», le decía su madre. Aunque vivía con sus padres nunca les hablaba de lo que sentía. Eran ellos quienes, intuyendo su infelicidad, se le acercaban y, en un tono de vago reproche, trataban de ayudarle. Reaccionaba con educación, pero interiormente les despreciaba. Resultaba evidente que nunca podrían comprender la vaciedad que sentía, ni advertir hasta qué punto la sentía. Era una parálisis progresiva, que ganaba terreno constantemente y llevaba consigo el miedo de que, cuando llegara a un cierto punto, sucedería algo terrible.

Escuchó el sonido distante de las olas que rompían fuera en la playa: el monótono batir, un largo silencio, y otra vez el batir de las olas. Alguien entró en la habitación de arriba, cerró la puerta de golpe y empezó a moverse inquieto de un lado a otro. Parecía una mujer, pero corpulenta. Abrió un grifo y, como por simpatía, el lavabo de su propia habitación empezó a gorgotear. Encendió un cigarrillo y, con golpecitos suaves, fue dejando caer a intervalos la ceniza en el suelo, junto a la cama. Al cabo de unos minutos, la mujer –estaba seguro de que lo era– abrió la puerta, salió, la cerró de golpe y se oyeron sus pisadas que recorrían el pasillo y entraban en otro cuarto, cerrándolo a continuación. Luego se escuchó el ruido del agua de una cisterna. Después las pisadas volvieron a la habitación de encima.

«Tengo que llamar a Wilcox», pensó. Pero apuró el cigarrillo despacio, haciéndolo durar. ¿Por qué sentía tanta pereza para hacer la llamada? Había dado el gran paso y estaba convencido de que había hecho bien. Durante toda la travesía a Gibraltar se había repetido a sí mismo que aquello era lo que debía hacer; que, cuando llegara, sería otra persona, lleno de vida, liberado del sentimiento de desesperación que le había tarado durante tanto tiempo. Y, ahora, se daba cuenta de que sentía exactamente lo mismo. Trató de imaginarse cómo se sentiría de disponer, por ejemplo, de toda la vida ante sí para dedicarla a lo que quisiera, sin la necesidad de ganarse el sustento. En tal caso, no tendría que telefonear a Wilcox, no se vería obligado a cambiar una jaula por otra. Habiendo consumado la primera ruptura, haría entonces la segunda y sería completamente libre. Levantó la cabeza y contempló despacio la habitación en penumbra. La lluvia azotaba la ventana. Tendría que salir dentro de poco. En el hotel no había restaurante y seguramente había un buen trecho hasta la ciudad.

Tanteó la mesilla de noche; no había teléfono. Se levantó, cogió la vela, y buscó por la habitación. Salió al pasillo, recogió la llave del suelo, cerró la puerta y bajó la escalera pensando: «Si hubiera habido teléfono en la habitación, ahora mismo estaría ya hablando».

El recepcionista no estaba en el mostrador.

–Tengo que hacer una llamada –dijo al chico, que sonreía afectadamente de pie junto a un macetero en el que crecía una palmera–. Es muy importante... ¡Teléfono! ¡Teléfono! –gritó gesticulando, ya que el otro no daba señales de comprender. El chico se fue al mostrador, sacó un anticuado teléfono de detrás y lo puso encima. Dyar sacó del bolsillo la carta para mirar el número del hotel de Wilcox. El chico trató de cogerla, pero él copió el número en el sobre por detrás y se lo dio. Entró un hombre gordo con una gabardina negra y pidió su llave. Se quedó echando una ojeada al periódico que había extendido sobre la mesa. Mientras el chico hacía la llamada, Dyar pensaba: «Si ha salido para cenar tendré que repetir otra vez toda esta operación». El chico dijo algo por el receptor y se lo entregó a Dyar.

–¿Oiga?

–Hotel Atlantide, dígame.

–Con Mr. Wilcox, por favor. –Pronunció el nombre muy despacio. Se produjo un silencio. «¡Dios mío!» Le irritaba pensar que le daba igual que Wilcox estuviera o no. Se oyó un *clic*.

–¿Sí?

Era Wilcox. Durante un segundo no supo qué decir.

–¿Oiga? –preguntó.

–Dígame. ¿Sí?

–¿Jack?

–Sí. ¿Quién es?

–Soy Nelson. Nelson Dyar.

–¡Dyar! ¡Hombre, caramba! Así que has venido después de todo. ¿Dónde estás? Vente para acá. ¿Sabes cómo venir? Más vale que cojas un taxi. Si no, te vas a perder. ¿Dónde paras?

Dyar se lo explicó.

–¡Cielo santo! Eso es... –Dyar tuvo la impresión de que iba a decir: «Eso es un tugurio». Pero dijo–: Eso está prácticamente al otro lado de la frontera. Bueno, ven en cuanto puedas. ¿Lo quieres con soda o con agua?

Dyar se echó a reír. No pensaba que le fuera a gustar tanto oír la voz de Wilcox.

–Con soda –repuso.

–Un segundo. Escucha. Tengo una idea. Te llamo en cinco minutos. No te muevas de ahí. Espera a que te llame. Estate ahí. Voy a llamar a alguien, es un segundo. Es fantástico tenerte aquí. Te llamo ahora mismo ¿Okey?

–De acuerdo.

Colgó y se dirigió a la ventana. La lluvia que salpicaba contra el cristal se filtraba y corría por la pared. Para absorberla habían puesto en el suelo una bayeta, pero ahora flotaba en el charco que se había formado. En la calle, a unos noventa o cien metros del hotel, se veía una farola. Debajo, empujadas por el viento, las hojas brillantes de una rama de palmera cargaban y retrocedían como lanzas. Dyar se puso a dar vueltas de un extremo a otro del pequeño recibidor; el chico, de pie junto al mostrador y con los brazos a la espalda, le miraba atentamente. Estaba un poco molesto con Wilcox por hacerle esperar. Seguro que había llamado desde su habitación. ¿Le sacaría Wilcox un buen dinero a la agencia de viajes? En las cartas decía que sí, pero Dyar recordaba que tenía un carácter bastante exagerado. Su entusiasmo no tenía por qué significar nada más que la necesidad de un ayudante y prefería que fuese alguien conocido –el sueldo era bastante bajo, y Dyar se había pagado el pasaje desde Nueva York–, o bien que quería aprovechar la oportunidad de hacerse el importante y mostrarse magnánimo; a Wilcox podía atraerle el permitirse lo que consideraba un gesto generoso. Eso era lo más probable. Nunca habían sido íntimos amigos. Aunque se conocían desde la infancia, puesto que el padre de Wilcox había sido el médico de la familia de Dyar, nunca habían manifestado nada más que un interés educado por la vida del otro. Tenían muy poco en común; ni siquiera la edad, de hecho, puesto que Wilcox era casi diez años mayor que él. Durante la guerra, Wilcox fue destinado a Argel y después Dyar nunca se había parado a pensar qué había sido de él. Un día su padre llegó a casa diciendo: «Parece que Jack Wilcox se ha quedado en el norte de África. Ha montado un negocio y, por lo visto, la cosa marcha». Dyar preguntó qué clase de negocio era y escuchó con un vago interés que se trataba de una agencia de viajes.

Un luminoso atardecer de otoño en que paseaba por la Quinta Avenida, se detuvo ante una gran agencia de viajes. El viento que soplaba desde Central Park tenía la frialdad de una noche de octubre y traía consigo la promesa del invierno, la estación paralizadora. A Dyar le evocaba de antemano una infelicidad aún mayor. En un extremo del escaparate había una gran maqueta de un barco, blanco y negro y con relucientes accesorios de latón. Al otro lado, una playa tropical en miniatura, con un mar de gelatina turquesa y minúsculas palmeras inclinadas sobre una playa de arena auténtica. Reserve ahora su crucero de invierno, decía el cartel anunciador. Se le ocurrió pensar que sería una verdadera tortura trabajar en un sitio así, planear itinerarios, hacer reservas de hotel y de pasajes para todos aquellos lugares que uno nunca vería. ¿Cuántos de los que estaban dentro consultando sus catálogos, horarios, listas y mapas se sentían tan atrapados como él se hubiera sentido? Aquello sería incluso peor que el banco. Entonces se acordó de Wilcox. Y echó a andar de nuevo, apresuradamente. En cuanto llegó a su casa escribió la carta y salió a echarla. Era una idea disparatada. No podía dar ningún resultado, salvo que tal vez Wilcox le considerase tonto de remate, perspectiva que no le preocupaba.

La respuesta le produjo la impresión más fuerte de su vida. Wilcox hablaba de coincidencia. «Debe de ser cierto lo de la telepatía», afirmaba. Sólo entonces Dyar habló del plan a su familia; y empezaron los reproches.

El hombre gordo se apartó con pesar del mostrador de la recepción y se dirigió al ascensor. Cuando cerraba la puerta sonó el teléfono. El chico intentó cogerlo, pero Dyar lo alcanzó primero. El chico le miró enfurecido. Era Wilcox: decía que llegaría al hotel de la Playa al cabo de veinte minutos.

–Quiero que conozcas a una amiga mía –dijo–. La marquesa de Valverde. Es fantástica. Te invita a cenar a ti también. Como Dyar protestaba, él le interrumpió. –No hay que ir bien vestido. ¡No, por Dios! Aquí no hay nada de eso. Voy a recogerte.

–Pero Jack, escucha...

–¡Hasta ahora!

Dyar subió a su cuarto, irritado de que no se le hubiera concedido la oportunidad de aceptar o rechazar la invitación. Se preguntó si, de mostrarse independiente y declinarla, ganaría algo en

la estima de Wilcox. Pero era evidente que no tenía intención de hacer tal cosa, pues, nada más entrar en su cuarto, se desnudó, se dio una ducha rápida –silbando–, abrió las maletas, se afeitó lo mejor que pudo a la luz de la solitaria vela y se puso su mejor traje. Cuando hubo terminado, apagó la vela y bajó corriendo las escaleras para esperar en la puerta principal.

Dyar se echó a reír. No pensaba que le fuera a gustar tanto oír la voz de Wilcox.

–Con soda –repuso.

–Un segundo. Escucha. Tengo una idea. Te llamo en cinco minutos. No te muevas de ahí. Espera a que te llame. Estate ahí. Voy a llamar a alguien, es un segundo. Es fantástico tenerte aquí. Te llamo ahora mismo ¿Okey?

–De acuerdo.

Colgó y se dirigió a la ventana. La lluvia que salpicaba contra el cristal se filtraba y corría por la pared. Para absorberla habían puesto en el suelo una bayeta, pero ahora flotaba en el charco que se había formado. En la calle, a unos noventa o cien metros del hotel, se veía una farola. Debajo, empujadas por el viento, las hojas brillantes de una rama de palmera cargaban y retrocedían como lanzas. Dyar se puso a dar vueltas de un extremo a otro del pequeño recibidor; el chico, de pie junto al mostrador y con los brazos a la espalda, le miraba atentamente. Estaba un poco molesto con Wilcox por hacerle esperar. Seguro que había llamado desde su habitación. ¿Le sacaría Wilcox un buen dinero a la agencia de viajes? En las cartas decía que sí, pero Dyar recordaba que tenía un carácter bastante exagerado. Su entusiasmo no tenía por qué significar nada más que la necesidad de un ayudante y prefería que fuese alguien conocido –el sueldo era bastante bajo, y Dyar se había pagado el pasaje desde Nueva York–, o bien que quería aprovechar la oportunidad de hacerse el importante y mostrarse magnánimo; a Wilcox podía atraerle el permitirse lo que consideraba un gesto generoso. Eso era lo más probable. Nunca habían sido íntimos amigos. Aunque se conocían desde la infancia, puesto que el padre de Wilcox había sido el médico de la familia de Dyar, nunca habían manifestado nada más que un interés educado por la vida del otro. Tenían muy poco en común; ni siquiera la edad, de hecho, puesto que Wilcox era casi diez años mayor que él. Durante la guerra, Wilcox fue destinado a Argel y después Dyar nunca se había parado a pensar qué había sido de él. Un día su padre llegó a casa diciendo: «Parece que Jack Wilcox se ha quedado en el norte de África. Ha montado un negocio y, por lo visto, la cosa marcha». Dyar preguntó qué clase de negocio era y escuchó con un vago interés que se trataba de una agencia de viajes.

Un luminoso atardecer de otoño en que paseaba por la Quinta Avenida, se detuvo ante una gran agencia de viajes. El viento que soplaba desde Central Park tenía la frialdad de una noche de octubre y traía consigo la promesa del invierno, la estación paralizadora. A Dyar le evocaba de antemano una infelicidad aún mayor. En un extremo del escaparate había una gran maqueta de un barco, blanco y negro y con relucientes accesorios de latón. Al otro lado, una playa tropical en miniatura, con un mar de gelatina turquesa y minúsculas palmeras inclinadas sobre una playa de arena auténtica. Reserve ahora su crucero de invierno, decía el cartel anunciador. Se le ocurrió pensar que sería una verdadera tortura trabajar en un sitio así, planear itinerarios, hacer reservas de hotel y de pasajes para todos aquellos lugares que uno nunca vería. ¿Cuántos de los que estaban dentro consultando sus catálogos, horarios, listas y mapas se sentían tan atrapados como él se hubiera sentido? Aquello sería incluso peor que el banco. Entonces se acordó de Wilcox. Y echó a andar de nuevo, apresuradamente. En cuanto llegó a su casa escribió la carta y salió a echarla. Era una idea disparatada. No podía dar ningún resultado, salvo que tal vez Wilcox le considerase tonto de remate, perspectiva que no le preocupaba.

La respuesta le produjo la impresión más fuerte de su vida. Wilcox hablaba de coincidencia. «Debe de ser cierto lo de la telepatía», afirmaba. Sólo entonces Dyar habló del plan a su familia; y empezaron los reproches.

El hombre gordo se apartó con pesar del mostrador de la recepción y se dirigió al ascensor. Cuando cerraba la puerta sonó el teléfono. El chico intentó cogerlo, pero Dyar lo alcanzó primero. El chico le miró enfurecido. Era Wilcox: decía que llegaría al hotel de la Playa al cabo de veinte minutos.

–Quiero que conozcas a una amiga mía –dijo–. La marquesa de Valverde. Es fantástica. Te invita a cenar a ti también. Como Dyar protestaba, él le interrumpió. –No hay que ir bien vestido. ¡No, por Dios! Aquí no hay nada de eso. Voy a recogerte.

–Pero Jack, escucha...

–¡Hasta ahora!

Dyar subió a su cuarto, irritado de que no se le hubiera concedido la oportunidad de aceptar o rechazar la invitación. Se preguntó si, de mostrarse independiente y declinarla, ganaría algo en

la estima de Wilcox. Pero era evidente que no tenía intención de hacer tal cosa, pues, nada más entrar en su cuarto, se desnudó, se dio una ducha rápida –silbando–, abrió las maletas, se afeitó lo mejor que pudo a la luz de la solitaria vela y se puso su mejor traje. Cuando hubo terminado, apagó la vela y bajó corriendo las escaleras para esperar en la puerta principal.